

JORDI GRACIA Y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA / JOSÉ-CARLOS MAINER O LA EJEMPLARIDAD INTELLECTUAL

Las formas de la ejemplaridad son engañosas. Con frecuencia la inanidad, la corrupción o la incompetencia se escudan tras la máscara de una ejemplaridad meramente formal, protocolaria y hueca. Con José-Carlos Mainer sucede exactamente lo contrario: la exquisita formalidad de su indumentaria y de su trato social es el reflejo de una



 José-Carlos Mainer en su estudio.
© Herald de Aragón

ejemplaridad ética y civil que incluye e involucra la actividad intelectual. Nada en él ha sido nunca a la pata la llana, improvisado, descuidado o aproximativo porque el sentido de la autoexigencia profesional ha empapado como una gasa invisible su actividad como escritor, como ensayista, como conferenciante y, desde luego, como profesor, una autoexigencia que se concentra en la elección de un adjetivo y en el descarte de una frase irrelevante, en la elección de un asunto (una obra, un autor, un *momento*, un fenómeno de cultura) por las implicaciones que arrastra o de una perspectiva por la zona oscura que ilumina, pero que también se aplica a la prosa misma en la que se despliega el resultado de su análisis o su pensamiento. Pero la ejemplaridad a la que nos referimos, arraigando como lo hace en las condiciones de su quehacer intelectual, también remite a un orden cívico o moral, puesto que en toda su dedicación parece haberse orientado a preservar una nobilísima herencia intelectual que es la que representó la Institución Libre de Enseñanza y la castigada tradición del reformismo liberal moderno.

No es el lugar esta presentación para adentrarse en esa filiación esencial en la ejecutoria de Mainer, pero sí queremos señalar que su huella está en todos sus trabajos, desde los juveniles artículos y reseñas en *Ínsula* —¡decenas y decenas solo entre 1965 y 1975!— o el *Heraldo de Aragón* en los años sesenta hasta sus últimas ediciones de la *Obra literaria* de Manuel Azaña y *Aspectos del vivir hispánico* de Américo Castro (ambos de 2021). No hay en la producción de Mainer una página descuidada, redactada con negligencia, repetitiva o rutinera, ni siquiera en esos libros destinados a un público no especializado en los que, por su misma función divulgativa, debe atenderse la información básica del asunto que sea. Hay que recordar su *Atlas de literatura latinoamericana (siglo XX)*, de 1967 y con varias reediciones, escrito cuanto la narrativa del *boom* seguía lloviendo sobre el mercado literario español para fertilizarlo de una vez por todas. Y hay que recordarlo no solo porque los juicios sobre César Vallejo, Carpentier, Borges o Rulfo sigan siendo vigentes, sino porque fue obra de sus veintitrés años (no hay errata: 23 años). Y en 2006 seguía afirmando —con toda la razón— que «bastante

de lo mejor de las letras en nuestra lengua es americano». Lo hacía en un sitio inesperado, el prólogo a la adaptación española que él mismo dirigió de *1001 libros que hay que leer antes de morir. Relatos e historia de todos los tiempos*, de Peter Boxall, un prólogo que amontonaba objeciones (la desproporcionada representación anglosajona y con-

temporánea, la limitación a la narrativa, el juego de los números redondos: 1001 libros) pero que sabía explicar la obvia incompletitud de aquel vademécum *mid-cult* como resultado del clima cultural en el que había nacido. Mainer aceptó el juego —y proponía a los lectores que lo aceptaran a su vez apartando «invocaciones vacías» y «veneraciones literarias» que suelen ser «pura coartada de los lectores hipócritas» (o de los *hipócritas lectores*)— y añadió varias decenas de títulos hispánicos algunos de los cuales, mira por dónde, se trasvasaron desde entonces a las ediciones internacionales de *1001 Books to Read Before You Die*. Así ocurrió, por ejemplo, con *Tirant lo Blanc*, *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes* o la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo entre los antiguos y, entre los más recientes, con *Bartleby* y *Cía* de Vila-Matas, *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, *Tu rostro mañana* de Javier Marías o *2666* de Roberto Bolaño. En el arte de la adaptación de textos anglosajones al público español ya venía ejercitado Mainer, porque antes de cumplir los treinta años, en 1973, había tenido que convertir *The Twentieth Century* (1971) de Gerald G. Brown, el menesteroso tomo sobre el siglo XX de la *Historia de la literatura española* coordinado por R. O. Jones, en un libro menos lacustre y más manejable. Diez años después, en 1983, y habiéndose dedicado un volumen a las letras de posguerra (*La literatura actual*, de Santos Sanz Villanueva), Mainer volvió sobre aquel tomo para ampliar las adiciones y convertirlo en una historia sobre todo de la Edad de Plata, pero, claro, *La Edad de Plata* llevaba años circulando y no era sustituible.

Poco antes, en 1982, había reunido algunos ensayos de Fernando Vela bajo el título de *Inventario de la modernidad* y en el prólogo dejó otra prueba de la acuidad interpretativa, amplitud de contexto y penetración de sentido que caracterizan cualquiera de sus empeños intelectuales. Lo que había de ser un sencillo prólogo destinado a los pocos lectores de un libro publicado por las asturianas Ediciones Noega se transformó en el embrión de un estudio formidable sobre el ensayo como género de la libertad de pensamiento. El embrión crecería —mucho— hasta transformarse en el magnífico Prólogo

Agradecemos la complicidad activa con este homenaje, ante todo, a María Dolores Albiac y también a la Residencia de Estudiantes, la Institución Libre de Enseñanza y la Fundación Juan March, de cuyos archivos proceden algunas fotografías.

general de las antologías del ensayo español publicadas como anexos a la Biblioteca Clásica dirigida por Francisco Rico. Mainer, preciso y modesto, le puso por título «Apuntes junto al ensayo», pero, como pasa cuando uno está *junto* al fuego del hogar, esos apuntes templan y alumbran. Aquel 1982 fecundo —¿ha habido año que no haya sido fecundo en la ejecutoria intelectual de Mainer?— fue asimismo el de su imponente informe sobre «La vida cultural» en el volumen VIII sobre la época contemporánea, 1939-1980, de *Historia y crítica de la literatura española*, editado por Domingo Ynduráin, aunque el propio José-Carlos Mainer había contribuido en 1980 a elevar el nivel de esa serie creada por Francisco Rico con el volumen sobre *Modernismo y 98*. Que aquel mismo año editara *Volvoreta* de Fernández Flórez —al que en 1976 había dedicado un *Análisis de una insatisfacción*— o que impulsara el rescate de Benjamín Jarnés recuperando su novela *El convidado de papel* en la editorial aragonesa Guara son solo síntomas de una capacidad de trabajo fuera de lo normal.

El gusto, la sabiduría relacional y el rigor de su método se encuentran en cualquiera de sus trabajos mayores o menores. Están en el diseño y estudios de los dieciséis tomos de las *Obras completas* de Pío Baroja que dirigió para Galaxia Gutenberg entre 1996 y 1998; están en los prólogos que puso a las *Obras completas* de Ramón Gómez de la Serna que dirigió Ioana Zlotescu y él asesoró; están en los estudios que acompañaron sus ediciones de la *Poesía* (2000) de Ramón de Basterra o de *Catolicismo, nacionalismo y vanguardia* (2005) de Ernesto Giménez Caballero (ambos en la colección Obra Fundamental de la Fundación Banco Santander); están en la insustituible «Vida de la cultura» que ocupa dos tercios del libro *El aprendizaje de la libertad 1973-1986* (2000) que escribió con Santos Juliá, años antes de otro panorama cultural fresco y luminoso como fue *Años de vísperas. La vida de la cultura en España, 1931-1939* (2006); están, en fin, en un artículo imprescindible como «Sobre el canon de la literatura española del siglo xx» —que había sido primero una conferencia en un curso de verano en 1994—; en sus trabajos sobre Galdós (la edición de la *Prosa crítica*, de *Misericordia...*), sobre Max Aub (la edición de *Cuerpos presentes*, sus artículos en *El Correo de Euclides*), sobre Francisco Ayala (el seminal estudio de *Cazador en el alba y otras imaginaciones* en 1971 o su introducción a *Las estrategias del prologuista. 13 prólogos de Francisco Ayala a su obra*, 2024), o están, por terminar, en el extraordinario ensayo sobre un día 17 diciembre 1927: *El triunfo de la literatura* (2020).

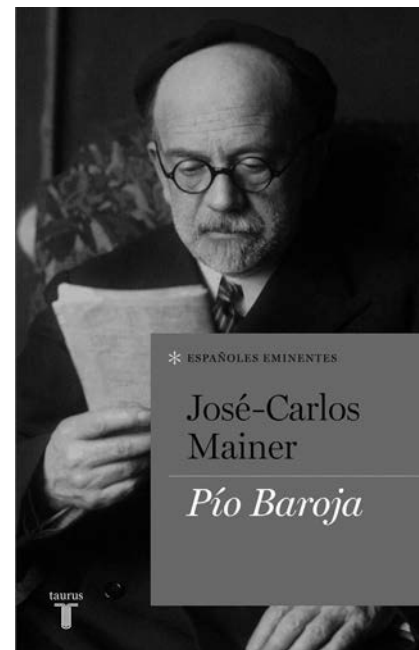
Los testimonios que reúne este número de *Ínsula* acerca del magisterio de Mainer son abrumadores y de todos ellos se desprende la evidencia de una forma de estar en el mundo como ciudadano y como profesional de las letras. El pundonor y la calidez, el brío de estilo y la libertad analítica, la oxigenación e interrelación de los campos de trabajo y la imaginativa originalidad de sus enfoques han sido ingredientes de una trayectoria profesional que no ha eludido nunca los pasajes conflictivos o polémicos de la edad contemporánea porque ha creído en la efectividad larvada, diferida, de una educación universitaria capaz de mejorar la sociedad sobre la que actúa y de la que se nutre. ¿Mainer un intelectual? Sí, también Mainer ha actuado como un agente intelectual cuya función provocadora ha excedido el ámbito cerrado de los claustros universitarios para expandirse en modulaciones que han atraído a la alta cultura a quienes creyeron que esta era un coto cerrado de expertos cansados y encastillados. Mainer ha mantenido con la boca abierta a los auditorios de sus múltiples intervenciones públicas en los cursos de

verano de la Universidad de Menéndez Pelayo en Santander, en la Fundación Caballero Bonald en Jerez de la Frontera, ha atraído a centenares de personas a ciclos de charlas en el Instituto de España o en la Fundación Juan March mientras iba consolidando sin querer un segundo hogar fuera de Zaragoza en la elegancia levemente británica de la Residencia de Estudiantes o en las distintas etapas de la Fundación Ortega y Gasset (hoy también Maraón).

Mainer ha enseñado que la institucionalidad de la alta cultura no está reñida con la genuina curiosidad intelectual por el mundo de las letras contemporáneas como patrimonio cultural compartido... e intrigante. Un mundo en el que, entre los creadores y sus obras, en los debates y polémicas, en la prensa y en los enclaves de sociabilidad, hay dimes y diretes, inquinas y devociones, rencillas y sabotajes, hay rivalidades inconfesables y hay enemistades enquistadas y todo eso forma parte del cuento de las letras o, dicho de otro modo, de una historia de la literatura trabada y apasionante. Eso han sido tantas veces sus ensayos: análisis encadenados que nunca pierden de vista al lector (de ahí su frecuente narrativa, la calidad de su estilo, su revelador avance por fluencia de asuntos) pero tampoco la urdimbre necesaria de conexiones complejas, a menudo invisibles, que hacen un poco más tupido lo que aparenta ser transparente y límpido y nunca lo es.

Por eso ha dado tantas batallas intelectuales sin otra causa que la convicción racional de contar mejor las cosas y desechar simplezas mecánicas. Ni hay un conflicto disyuntivo entre modernistas y *no-ventayochistas* ni hay una generación del 27 como metonimia falsísima de un proceso cultural ni el franquismo fue solo un pozo de mugre uniforme sino un contexto regresivo y adverso para el pensamiento y la creatividad, pero incapaz de aplastar como un rodillo toda personalidad individual y desde luego sus rumores, ni hubo nunca dos equipos de poetas metafísicamente diferentes, aunque vistiesen colores de forofos líricos. A todas esas batallas se ha prestado Mainer con el don de una ecuanimidad que recela de la equidistancia y seduce y persuade con argumentos fundados —en información y lecturas inabarcables—, formulados sin énfasis ni arrogancia. La enumeración intencionada y los dos puntos como recurso de estilo son, quizá, los mecanismos más reveladores de una forma de pensar y de una estrategia intelectual destinada a que el lector o el oyente se despierte literalmente y se adentre gozosamente en la complejidad de lo real. Eso es lo que hemos aprendido de él: a pensar por cuenta propia, a sospechar de las verdades incontestables, a emancipar el propio punto de vista de cualquier presunta autoridad. Sin libro de instrucciones, sin manual de uso, sin brevario práctico, esa ha sido la ejemplaridad del magisterio de Mainer.

J. GRACIA Y
D. RÓDENAS
DE MOYA /
JOSÉ-CARLOS
MAINER...



J. G.—UNIVERSIDAD DE BARCELONA
D. R. DE M.—UNIVERSIDAD POMPEU FABRA,
BARCELONA